

Domingo de Ramos. Año C

Lectio divina sobre Lc 22,14-23,56

Tan acostumbrados estamos a oír el relato de la pasión que ni sorpresa nos causa, ni conmoción alguna. Es una pena. La muerte de Jesús en cruz es la ratificación palpable del amor que nos Dios nos tiene. Pero fue también – y no hay que olvidarlo – la prueba de fidelidad no superada por los primeros discípulos. Ellos, al menos, la afrontaron; no pudieron eludirla, como tampoco lograron evitar la deserción final. Nosotros, en cambio, a base de releerla como algo pasado hace mucho tiempo, ni nos creemos protagonistas ni conseguimos sabernos sus beneficiarios. Ya que se nos hace fácil imaginar que no tuvimos parte alguna en ese drama, solemos contemplarlo como ajeno a nosotros y tan distante. Así nos perdemos el poder sentirnos en él salvados.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Siguiendo de cerca un relato previo de la pasión y muerte de Jesús (Mc 14,1-15,47) al que ha añadido algún retoque (Lc 22,28-30) y noticias nuevas (Lc 22,35-38; 23,6-12), Lucas ha creado una narración en la que Jesús parece tener una menor iniciativa en el curso normal de los acontecimientos, sin dejar de mostrar un preciso conocimiento de cuanto le está sucediendo y un mayor dominio de sí. Su camino hacia Jerusalén, consagrado preferentemente a instruir a sus seguidores, lo había emprendido con mucha antelación; Jesús sabe desde el principio que este su 'éxodo' (Lc 9,31), que no excluirá un auténtico 'via crucis', va a ser en realidad un 'via lucis', camino hacia la gloria (Lc 24,26), que realiza un plan trazado por Dios, ya anunciado por los profetas.

Jerusalén es el lugar del drama de la pasión y las fiestas pascales judías el período en que transcurre. Satanás reaparece al inicio del relato (Lc 22,1-6) para restar protagonismo al discípulo traidor y transformar la narración en un dramático combate, el definitivo (Lc 4,13), entre Dios y su opositor, que decidirá la salvación de los hombres. Apenas las autoridades toman la decisión de matarlo, Jesús ordena celebrar la cena pascual y en esa comida de despedida adelanta a los discípulos el sentido de su entrega personal (Lc 22,14-23) y les instruye sobre cómo han de vivir después, sirviéndose mutuamente (Lc 22,14-30). La cena acaba anunciando Jesús próximas traiciones (Lc 22,31-38) y renunciando a la propia defensa (Lc 22,35-38).

De la intimidad con los suyos en el cenáculo Jesús pasa a la lucha, cuerpo a cuerpo, con su Dios en Getsemaní (Lc 22,39-46). El comportamiento de Jesús, que en el colmo de su impotencia se rinde a la voluntad de Dios, es ejemplar: quien quiera, como el justo, vencer la tentación tendrá que orar como él (Lc 22,40.46). Tras la resistencia intentada, viene la entrega consumada: Jesús, traicionado por el amigo, se entrega libremente a los enemigos (Lc 22,47-58) y sin dejar de curar a uno de ellos (Lc 22,51).

En poder de sus enemigos, Jesús es procesado. Lucas coloca antes la negación repetida de Pedro, el único discípulo que aún le seguía, y antes también de su arrepentimiento (Lc 22,54-62). En el interrogatorio, primero ante el Sanedrín (Lc 22,66-71), luego ante Pilato (Lc 23,1-7) y Herodes (Lc 23,8-12), Jesús demuestra entereza personal y fidelidad a su propia misión: es mesías (Lc 22,67), hijo de Dios (Lc 22,70), rey de los judíos (Lc 23,3); sólo ante Herodes, que andaba deseando conocerlo (Lc 9,7-9), Jesús calla y sufre maltrato (Lc 24,9-11). Queda clara la inocencia de Jesús y su dignidad, humana y divina.

Lucas trata de exculpar a Pilato, insistiendo en la obstinación de las autoridades judías que le exigieron repetidas veces lo crucificara (Lc 23,13-25). Camino de la cruz, Jesús recibe la ayuda de un Cireneo y anuncia a las mujeres que encuentra en su camino su próxima desventura (Lc 23,36-42). El suplicio de la crucifixión, descrito sin ahorrar detalles dramáticos (Lc 23,33-43), es vista como cumplimiento de la Escritura (Lc 24, 25-27): antes de morir, Jesús perdona a sus verdugos (Lc 23,34) y salva a un malhechor (Lc 23,43). Así queda demostrada la eficacia de su sacrificio y los lectores cristianos aprenden a vivir y a morir como Cristo. Jesús muere confiando en Dios (Lc 23,46) y siendo reconocido como justo por su ejecutor (Lc 23,47), mientras unas mujeres, 'de lejos', son únicos testigos de entre los seguidores (Lc 23,49). La rápida sepultura, antes de comenzar el sábado, certifica la muerte de Jesús, (Lc 23,44-56).

En su relato de la pasión Lucas da la impresión de buscar precisión histórica y evitar descripciones demasiado dramáticas. Seguramente lo hacía para acomodarse mejor a la sensibilidad de sus lectores. Su relato, más 'objetivo', queda dominado por tres ideas-fuerza: Jesús es presentado como el mártir inocente, cuya extrema obediencia a Dios desvela el amor misericordioso que tiene a los hombres. No murió por lo que había hecho durante su ministerio, tuvo que morir porque tal era la voluntad de Dios. El siervo fiel sufre porque Dios ama: su sacrificio personal en la cruz es la manifestación definitiva de la misericordia extrema de Dios; un Dios amante necesita de siervos dolientes. El discípulo se revalida como tal haciendo suyo el camino de su Señor; su adhesión pasa por la permanencia con él en la tentación y en la cruz, si puede. Y si no lo logra, mediante el arrepentimiento. Sólo así el discípulo hace eficaz el sacrificio de Jesús y evidente el amor de Dios: quien no asume la cruz, no se sabe amado por su Dios ni siente el valor salvífico de la cruz de Cristo.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Perdemos la oportunidad de sentirnos queridos por Dios hasta el extremo, cuando olvidamos la tragedia que Jesús padeció muriendo en cruz. Semejante muerte fue la prueba más dura que tuvo que soportar. Es más que probable que Jesús contara como posible con un final cruel para su ministerio público, que previera el abandono masivo de gentes e incluso la desbandada final de sus discípulos, que presintiera que Jerusalén iba a ser su tumba. Pero lo que no pudo imaginarse es que en aquellos momentos también Dios le iba a dejar solo. Pocas escenas llegan a expresar, con tanta sobriedad como dramatismo, la soledad de Jesús ante su propia muerte como el grito que le arrancó el abandono de Dios en la cruz. Y pocos episodios de los hoy recordados tienen tantos visos de verosimilitud histórica: en la cruz Jesús murió clamando su soledad y reclamando a Dios por su aparente desamparo. Para quien, como Jesús de Nazaret, había confiado en Dios sobre todo, y contra todos, el silencio de Dios tuvo que suponerle una prueba, más dolorosa aún y menos comprensible, que los horrores de su propia muerte.

Tendría que sobrecogernos la soledad de Jesús crucificado, abandonado de los suyos y de su Dios. La mofa cruel de sus enemigos o la traición imperdonable de sus discípulos no pueden compararse con la sensación de suprema frustración, de engaño incluso, que transpira su clamor en la cruz. Entonces, cuando amigos y enemigos confabulaban unidos su destrucción, cuando sus seguidores le abandonaron, a Jesús no le quedaba más que su Dios. Y tuvo que morir gritando su abandono. El escándalo que produjo en sus discípulos esta forma de morir se deja ver en su esfuerzo por aminorar el sentido obvio de su protesta, mudando las palabras y el significado; de la oración desgarrada, casi blasfema, se pasa a expresar conformidad con la voluntad de Dios. El Dios sordo al dolor de Jesús e insensible frente a la injusticia de su muerte da lugar a el Padre obedecido sin resistencias. Lucas se esfuerza por presentarnos este momento como el de la fidelidad suprema de Jesús. Por mucho que gritara, Jesús no se resistió a hacer lo que Dios quería. Aunque la obediencia a su Dios le cueste la vida, afrontará la muerte sin renunciar de su Dios.

¡Por mucho menos hemos abandonado a Dios tantas veces nosotros!. El relato de Lucas nos hace caer en la cuenta que se puede intentar fidelidad al Dios que parece habernos abandonado, que merece la vida morir por quien, solamente en apariencia, nos ha dejado. El camino de Cristo es camino para cristianos: contar con Dios hoy puede significar contar con su ausencia mañana. Haberle hablado tantas veces puede dar lugar a su silencio mantenido; prestarle la vida para anunciar a otros la buena noticia puede acarrearos una vida ni buena ni nueva; quien sigue a su Señor día y noche puede acabar sus días sin un amigo a su lado y desencantado de su Dios. Con todo, bien sabemos que Dios no demora mucho su intervención a favor de los suyos; con un retraso de, a lo sumo, tres días se hace vivo de forma tan inesperada como imponente. No se deja nuestro Dios, el Dios de nuestro Señor Jesucristo, ganar en fidelidad. Y la muerte puede ser afrontada sin temor de perderse, cuando uno deja la vida por no abandonarle. Esa fue la prueba que superó Cristo. Es la prueba que tenemos por superar los cristianos.

Hacer memoria de Cristo, y éste crucificado, podría - debería - traernos a la memoria nuestra larga historia de traiciones renovadas y de negaciones no evitadas, los frecuentes encubrimientos de nuestra fe y las repetidas omisiones del amor fraterno. No estaría de más comprobar cómo nuestra infidelidad de discípulos sin honra y sin Maestro, hoy como en aquellos días, ha contribuido a la muerte de Jesús tanto más que saña y la conjura de sus enemigos. Pero nos equivocáramos si nos contentáramos hoy con reconocer culpas pasadas sin volver a la tarea que dejamos por cumplir: no bastó a Pedro llorar amargamente, después de que el canto cantara, para recuperar la amistad y la confianza de su Señor; tuvo que obedecer el mandato del Resucitado, ponerse en camino hacia Galilea y ver vivo allí, entre paganos, a quien había negado. Sin recuperar la misión de nuestras vidas, sin convertir nuestra vida en misión, no lograremos vernos libres del remordimiento y de las traiciones.

No es óbice alguno que sigamos siendo presa de las mismas debilidades. La acumulación de sueños o desilusión no nos libera de la obligación de volver a nuestros orígenes, allí donde el Señor nos llamó y donde nos quiere; mucho más fuerte que el mal que anide en nuestro corazón es la capacidad de confiarse en nosotros que alimenta el corazón de nuestro Dios. Y mientras Él mantenga su voluntad de acogida, nos seguirá siendo imperativa la conversión de vida. Tendríamos que maravillarnos de tener tal Señor. Tendría que escandalizarnos que siga pensando en nosotros, amigos traidores, para llevar a buen término lo que comenzó con nuestra huida y repetidas negaciones.

Porque no hay que olvidar que debemos a discípulos traidores el relato de la pasión y muerte que hemos escuchado. Se hicieron perdonar su pecado, proclamando el fin de su Señor y su traición. No tenemos mejor garantía de que Dios no tomará en cuenta nuestras infidelidades que volver a la proclamación de que en la cruz de Cristo está Dios, todo Él, sólo Él, entero y verdadero. Sanamos de nuestras dolencias, nos recuperamos de nuestras deserciones en la medida en que testimoniamos que la cruz es nuestra salvación. Sería ilusorio pretender restablecer una relación nueva con el Maestro negado, negando de nuevo la responsabilidad propia en la extensión de su evangelio: es traición imperdonable no dar a conocer que en la pasión y muerte de Cristo se ha manifestado el amor de Dios, sólo porque, de hacerlo, quedarán de manifiesto nuestra debilidad. Quien con su traición consumada contribuyó un día a la muerte de Jesús, recobrará su dignidad perdida anunciando que el crucificado ha vuelto a la vida y que él ha recuperado como tarea de por vida testimoniarlo.

Con demasiada frecuencia nos hemos valido de una consideración pietista y sentimental de la pasión de Jesús para escaparnos mejor de la responsabilidad de llevar el evangelio a la vida. Cristo no puso reparos a quienes un día le abandonaron; a ellos les encargó de nuevo la noticia de su vida resucitada. No iba a ser distinto hoy. Cuenta con nosotros,

por más traidores que hayamos sido. Es nuestra oportunidad: volver a narrar la pasión de Jesús para volver a sabernos amados hasta el extremo.